

que quieras, que es muy tuya y puedes disponer de ella á tu gusto con la bendición de Dios; <sup>1</sup> aunque pienso que lo que conviene es que apartemos cincuenta pesos por ambos para puntero, y vayamos ahora mismo al Parián, ó más bien al Baratillo, á comprar una ropilla decente, con cuyo auxilio la pasaremos mejor, nos darán mejor trato en todas partes, y se nos facilitarán más bien las ocasiones de tener; porque te aseguro, hermano, que aunque dicen que el hábito no hace al monje, yo no sé qué tiene en el mundo esto de andar uno decente, que en las calles, en los paseos, en las visitas, en los juegos, en los bailes y hasta en los templos mismos se disfruta de ciertas atenciones y respetos. De suerte que más vale ser un pícaro bien vestido, que un hombre de bien trapiento, <sup>2</sup> y así vamos.

No lo dijo á sordo; me levanté al momento, cogí mi dinero, que era menos del que le tocó á Januario; pero yo lo disimulé, satisfecho de que en asunto de intereses el mejor amigo quiere llevar su ventajita.

Fuímos al Baratillo, compramos camisas, calzones, chalecos, casacas, capas, sombreros, pañuelos, zapatos, y hasta unas cascaritas de reloj ó relojes cáscaras ó maulas, pero que parecían algo.

<sup>1</sup> Sólo eso le faltaba, porque no puede ser bendito de Dios lo que se adquiere malamente.

<sup>2</sup> No hay tal. Es verdad que el mundo abunda de gentes necias que califican á la persona por su exterior, y así tal vez honran al pícaro decente; pero al primer chasco que llevan se desengañan.



Fuímos al Baratillo, compramos camisas, calzones, chalecos, casacas...

Ya habilitados, fuimos á tomar un cuarto en un mesón, mientras hallábamos una vivienda proporcionada. En esto de camas no había nada, y aunque se lo hice advertir á Januario, éste me dijo: — Ten paciencia, que después habrá para todo. Por ahora lo que importa es presentarnos bien en la calle, y más que comamos mal y durmamos en las tablas, eso nadie lo ve. ¿Qué, te parece que todos los guapos ó currutacos que ves en el público tienen cama ó comen bien? No, hijo; muchos andan como nosotros; todo se vuelve apariencia, y en lo interior pasan sus miserias bien crueles. A éstos llaman *rotos*.

Yo me conformé con todo, contentísimo con mis trapillos, y con que ya no volvía á pasar otra noche en el *arrastraderito* condenado.

Llegamos al mesón, tomamos nuestro cuarto, y nos encajamos en él locos de contento. Aquella noche no quiso Januario que fuéramos á jugar, porque, según él decía, se debía reposar la ganancia. Nos fuimos á la comedia, y cuando volvimos, cenamos muy bien y nos acostamos en las tablas duras, que algo se ablandaron con los capotes viejos y nuevos.

Dormí como un niño, que es la mejor comparación, y á otro día hicimos llamar al barbero, y después de aliñados nos vestimos y salimos muy planchados á la calle.

Como nuestro principal objeto era que nos vieran

los conocidos, la primera visita fué la casa del bachiller Martín Pelayo; pero ¿cuál fué nuestra sorpresa, cuando creyendo encontrar al Martín antiguo, encontramos un Martín nuevo, y en todo diferente del que conocíamos; pues aquél era un joven tan perdulario como nosotros, y éste era un cleriguito ya muy formal, virtuoso y asentado.

Luego que entramos á su cuarto se levantó y nos hizo sentar con mucha urbanidad; nos contó cómo era diácono, y estaba para ordenarse de presbítero en las próximas témporas. Nosotros le dimos los parabienes; pero Januario trató de mezclar sus acostumbradas chocarrerías y facetadas, á las que Pelayo en un tono bien serio contestó:— ¡Válgame Dios, señor Januario! ¿Siempre hemos de ser muchachos? ¿No se ha de acabar algún día ese humor pueril? Es menester diferenciar los tiempos; en unos agradan las travesuras de niños, en otros la alegría de jóvenes, y ya en el nuestro es menester que apunte la seriedad y macicez de hombres, porque ya nos hacen gasto los barberos.

Yo no soy viejo, ni aunque lo fuera me opondría á un genio festivo. Me gustan, en efecto, los hombres alegres y joviales, de quienes se dice: *donde él está no hay tristeza*. Sí, amigos; para mí hay no cosa más fastidiosa que un genio regañón, tétrico y melancólico; huyo de ellos como de unos misántropos abominables; los juzgo

soberbios, descontentos, murmuradores, insociables y dignos de acompañar á los osos y á los tigres.

Al contrario, ya dije, estoy en mis glorias con un hombre atento, afable, instruído y alegre. La compañía de uno de ellos me deleita, me engolosina, me amarra, y seré capaz de estarme con él los días y las semanas; pues... pero ha de ser de este estambre, porque en siendo un necio, hablador, arrogante y faceto, ¿quién lo ha de sufrir?

Estos genios no son festivos, sino juglares; su carácter es ruin y sus costumbres groseras. Cuando platican, golpean; cuando quieren divertir, fastidian con sus frialdades; porque, hombres sin talento ni educación, no pueden parir buenos, alegres ni razonados conceptos; antes las chanzas de éstos ofenden las honras y las personas, y sus agudezas punzan la fama ó el corazón del prójimo.

Esto digo, amigos, deseando que eviten ese genio chocarrero á todas horas. Todo tiene su tiempo. Las matracas de Semana Santa parecerán mal á los muchachos en la pascua de Navidad, y la lama de Nochebuena no la pondrán en sus monumentitos.

Así me lo ha hecho creer la experiencia, y algunos desaires que les he visto correr á muchos facetos.

A poco rato de decir esto el padre Pelayo, mudó de conversación con disimulo; pero mi compañero, que lo